

Ernesto Sábato

El mito, el arte y el sueño

Ignacio Solares

En días recientes falleció el escritor argentino Ernesto Sábato. Figura exaltada de la literatura latinoamericana, feroz combatiente contra las dictaduras de cualquier cuño, Sábato supo conformar una obra narrativa y ensayística que ha sobrevivido para las futuras generaciones. A manera de mínimo homenaje, publicamos esta antigua entrevista, de 1974, de Ignacio Solares con el autor, tomada del libro Palabras reencontradas, editado recientemente por Conaculta.

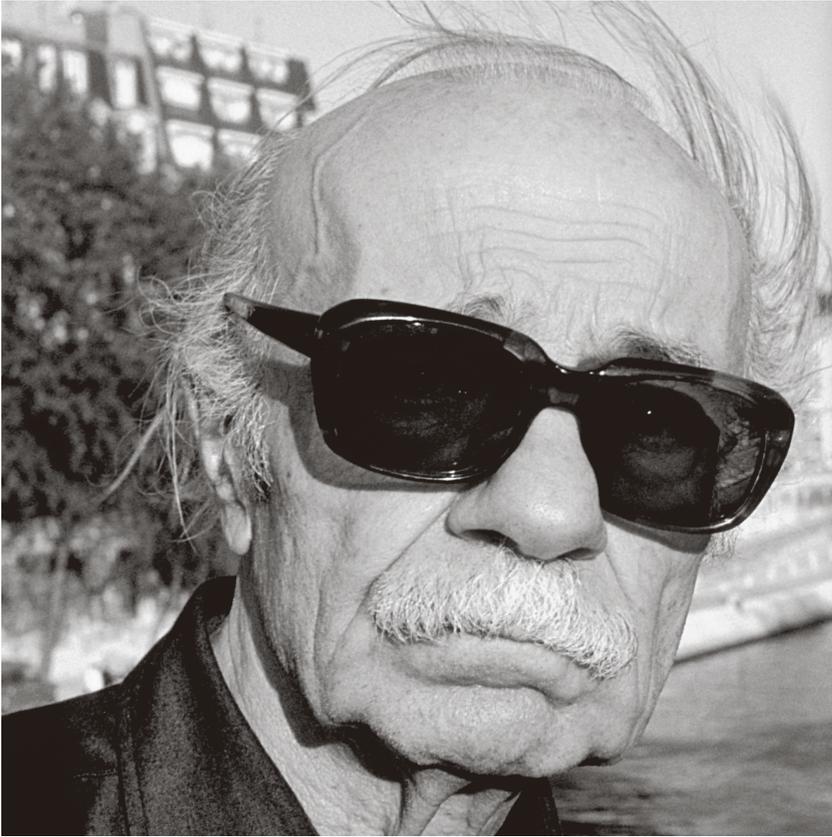
Bajo de estatura, nervioso, con un rostro que es puros ojos por el brillo que hay en ellos, como si tuviera azogue. Sábato tiene una de esas miradas que, dijo Jung, fusionan la fiebre con la inteligencia, en una mezcla espeluznante. Y, precisamente, el escritor argentino empieza hablando, con una mueca en los labios de no mucha convicción, del psicoanalista suizo.

Jung habló de los símbolos. Los poetas los viven en carne propia. El paciente siempre llegará más lejos que el psicoanalista porque, simplemente, sueña, lo mismo que el poeta. El sueño es una verdad; las interpretaciones que hagan de él, quién sabe.

¿Qué papel juega la literatura en este sentido?

La literatura es el sueño de la comunidad. Los personajes de Homero soñaban lo mismo que sueñan los personajes de la literatura actual. En el sueño, como en la literatura, no hay tiempo. El escritor sueña por la comunidad. Por eso se habla a menudo de la misión de la

literatura. Pero se habla con un sentido estrecho, generalmente vinculado con iglesias o partidos. Es como si usted preguntara cuál es la misión de los sueños. Se pueden dar muchas interpretaciones, pero parece que la fundamental es impedir que el hombre se vuelva loco. Si a un hombre se le impide soñar —y ya se ha hecho el experimento en algunos laboratorios norteamericanos— se le pone al borde de la locura. Y es fácil comprender por qué. El sueño es una descarga, una catarsis. La literatura lo mismo. Eliminado el mito —o por lo menos habiendo esa intención del pensamiento ilustrado en la actualidad, aunque el mito es inmortal: usted lo saca por la puerta y entra por la ventana— se ha refugiado en el arte y, sobre todo, en la literatura de ficción. El escritor realiza esa tarea onírica, colectiva. Y si esta comparación entre el sueño y el arte es exacta, resulta que la misión de la literatura es evitar que la comunidad se vuelva loca. Asegurarnos una especie de anclaje mítico sin el cual estaríamos perdidos.



Ernesto Sábato en una fotografía de Jorge Sclar, París, 1992

¿Pero verlo así no es limitar a la literatura? Limitarla a un aspecto negativo, por decirlo así: impedir que la comunidad enloquezca. ¿No se le podría agregar una misión de alcanzar otra realidad?

Por supuesto. Lo que sucede es que, de partida, ese polo de *impedir* es fundamental. Pero claro que tiene también un polo positivo y gracias a él alcanzamos una realidad que de otra manera nos estaría vedada. Tanto el sueño, como el mito, como el arte no sólo nos impiden enloquecer, sino que son lo que yo llamo “entofanías”: revelaciones de la realidad. Revelaciones que se manifiestan a través de un lenguaje irreductible: lo que dice un sueño no se puede decir de otra manera. O lo que dice *El proceso* de Kafka es imposible decirlo en otro lenguaje. Por eso es una tontería pedir: “explíqueme *El proceso*”, porque sólo se explica por sí mismo, leyéndolo.

[Sábato pasa una mano frente a sus lentes, como borrando algo]:

Explicar, bah. Esa manía occidental, racionalista. ¿Cómo explicar un cuarteto de Beethoven o de Bartók? *El proceso* es la manifestación de un cierto tipo de realidad que sólo mediante la literatura se pudo revelar. Y por esto mismo, también cumple esa labor catártica.

Pero, ¿se puede hablar aquí de la literatura en general? ¿Se puede aplicar esto a la literatura de un Robbe-Grillet, por ejemplo?

Por supuesto que no. Y creo que es bueno aclararlo. Hay muchos tipos de literatura y lo que he estado diciendo se refiere a la única literatura que, a mi jui-

cio, cumple esa misión misteriosa. Puse el ejemplo de Kafka pero podría agregar: Dostoievski, Faulkner, Blake, Strindberg, Lowry... La literatura también tiene jerarquías. Pasa lo que con las artes plásticas. No podemos poner en el mismo plano el *San Giovanni* de Donatello con uno de los paisajes que adornan esta pieza —*Sábado se refiere a uno de los bares del hotel Camino Real, donde se hospeda*—, que no están mal pero que todos sabemos que son un arte menor. Para mí, la gran literatura es la que da ese salto, verdaderamente vertiginoso, entre la prosa y la poesía. Pero al hablar de poesía no hablo de versos. Me refiero, por ejemplo, a la poesía que hay en *El Quijote*.

Una poesía implícita.

Una poesía implícita, subterránea. Mire, hay dos tipos de pensamiento: el lógico y el mágico. La gran literatura, para mí, es la que alcanza ese ámbito misterioso del pensamiento mágico, que es también el pensamiento arcaico. Aunque, por supuesto, sin prescindir totalmente del pensamiento lógico. Puede incluirlo. Piense en Dostoievski, en Proust, en Joyce. Es una gran literatura que involucra lo cotidiano, lo diurno, con lo nocturno. Pero por supuesto que la otra literatura también es legítima. Así como son legítimas las novelas policíacas. Cuando hablamos en estos términos no quiero decir que haya que abolir las novelas policíacas. Las novelas del señor Robbe-Grillet están muy bien en su terreno de reglas y compases, son un interesante cuarto de hora de la literatura bizantina que se produce en Francia, pero nada más que eso. Sería imposible compararlas con las novelas de Proust o de Céline, por ejemplo, para continuar hablando de ejemplos franceses.

¿No hay en esta interpretación de la literatura algo religioso?

Sí, por supuesto que es religioso. Yo creo que el ser humano está viviendo una profunda crisis. Una crisis religiosa más que de estructuras económicas, como creen algunos. Esto no quiere decir que desee que perdure la injusticia social: he luchado toda mi vida por la justicia social, pero es otro plano, no hay que mezclarlos. La crisis del hombre actual es total, por eso la llamo religiosa. Hay un poner en duda la tabla de valores en la que fue edificada nuestra sociedad, sobre todo a partir del Renacimiento. Por otro lado, observe que el arco de la novela se desarrolla sobre el arco de la sociedad moderna. Se puede decir que la novela se origina con *El Quijote* y culmina en nuestro momento actual. Es el arco de desarrollo de esta civilización abstracta, mecánica, esta era del plástico. Y en la medida en que esta sociedad ha sido desacralizada, en la medida en que esta sociedad lo ha profanado todo, el mito ha tenido que ser rescatado por el artista. En este sentido, es claro que la literatura tiene una implicación religiosa.

Usted se doctoró en física y trabajó en el Laboratorio Curie en radiaciones atómicas. ¿Cómo fue que, con una profesión así, decidió dedicarse a la literatura?

Contestar una pregunta así implicaría todo un libro. Libro que ya escribí por cierto, y que es mi última novela: *Abaddon el exterminador*. Novela que cierra el ciclo iniciado con *El túnel* y *Sobre héroes y tumbas*. Pero volviendo a la pregunta, creo que mi problema es en cierta medida el problema de la humanidad entera. Está terminando la era de la ciencia —catastróficamente, como era de preverse— y si la humanidad ha de salvarse será por el pensamiento poético. De manera que lo único que he hecho es sufrir en carne propia esto que considero un drama general.

¿Podemos tomar “pensamiento poético” en el sentido en que lo tomaban los surrealistas?

Creo que sí. Y esto contesta en parte la pregunta anterior sobre el brinco de mi doctorado en física a la literatura. No es casualidad —nada es casualidad— que en el año 38, cuando trabajaba en el Laboratorio Curie, haya empezado a relacionarme con los surrealistas. Yo creo que el polo opuesto a la ciencia era, y es, el surrealismo.

Recuerdo un hecho de aquellos años que me afectó profundamente: cuando Óscar Domínguez —surrealista, gran amigo mío, que después se suicidó— le sacó un ojo, arrojándole un vaso, a Víctor Brauner, pintor judío-rumano, muy amigo de Breton. Éste habría sido un hecho trágico y nada más, si no hubiera algo más de por medio: Brauner venía pintando, desde hacía diez años, autorretratos en que aparecía con un ojo saltado.

¿Usted ha tenido experiencias premonitorias?

[Sábato se quita los lentes, pasa una mano por los ojos, ocultándolos, ocultándose él mismo, y contesta con cortedad]:

Sí, las he vivido frecuentemente.

[No parece querer decir más sobre el asunto. Se coloca los lentes, junta las manos abiertas, y explica]:

Yo creo totalmente en las fuerzas oscuras que nos rodean. Creo que en esta civilización racionalista hemos menospreciado con una arrogancia diría casi estúpida —palabra que es doblemente curiosa si se piensa que se realiza en nombre de la inteligencia— esas fuerzas que son las que verdaderamente mueven al hombre. ¿Cómo es posible poner en duda, por ejemplo, las premoniciones?

La ciencia en general las pone en duda, desde Freud hasta los psicólogos actuales.

[Sábato enarca las cejas y redondea los labios. Dice, entre dientes]: Freud, mmmh. *[Luego explica]:*

Freud fue un hombre admirable en muchos sentidos, pero a mi juicio tiene una doble faz. Por un lado, es un médico vienés con toda la formación científicista y

positivista que caracteriza a un hombre de esta naturaleza, con todos los prejuicios y con todos los atributos que le conocemos. Y por el otro lado, es un hombre emparentado con los románticos alemanes: Goethe, Novalis, Hölderlin. Es un hombre que admira el arte y que incluso reconoce que el inconsciente lo han descubierto, antes que él, los poetas. Está subyugado por los grandes temas del romanticismo: la muerte y la noche. Es decir, es un ser dual, desgarrado por dos potencias totalmente opuestas. Pero yo creo que lo que es perdurable en Freud, es precisamente lo que nada tiene que ver con la medicina: el mundo de la intuición, lo que llamaba antes el pensamiento mágico. Yo creo que si Freud es importante es en la medida en que *no* es un hombre de ciencia. En la medida en que sus intentos por racionalizar lo irracional son casi disparatados, de los que se salvó por lo que era a pesar de él: un temperamento romántico.

Háblenos un poco sobre cómo escribe.

[Sábato sonríe y sus ojos se avivan aún más].

Yo siempre he escrito a los tumbos, le debo decir. Mi obra ha surgido a pesar de mí mismo. Por esto, yo sé que esa obra es muy irregular. No escribo con la cabeza. O, mejor dicho, es con la parte con la que menos escribo. Lo esencial me sale de alguna otra parte, no sé de dónde. Y es inevitable que mis novelas estén llenas de aristas, de desigualdades. Por lo demás, esto no me preocupa. Lo único que me preocupa es la verdad, que generalmente tiene poco que ver con la *perfección* literaria.

¿Cuál es su opinión sobre la actual literatura latinoamericana?

Creo que es un gran movimiento, pero no comparto esa teoría de los atributos comunes de la literatura latinoamericana. Es una literatura con caras tan diversas como este mismo continente. No tenemos otro punto común que la lengua, lo que desde luego es una liga fundamental porque la lengua es como la sangre del espíritu. Aunque quizás aquí cabría decir lo que dijo Bernard Shaw sobre los ingleses y los norteamericanos, en aquel aforismo casi hegeliano: “una lengua común nos separa”. En fin, creo que la literatura latinoamericana actual muestra una gran cantidad de vertientes y es un poco absurdo buscarle un denominador común. No veo parentesco, por ejemplo, entre un Borges y un Rulfo.

¿Y el boom?

Esa palabra propagandista es la que contribuye más a oscurecer el problema. Hay escritores latinoamericanos fundamentales, como Borges, medio siglo anteriores al *boom*, un *boom* que es fabricación de los editores. Por favor, cuando hablemos de literatura latinoamericana hay que hacerlo en un plan serio, no desde un punto de vista publicitario. ■